

# XX Certamen Juvenil Cuentos de Navidad 2010

“La navidad de Olaf”

1º premio  
Segunda categoría  
12-14 años



Centro de  
iniciativas y recursos  
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

## **La Navidad de Olaf**

Olaf se puso la gabardina, se caló bien el sombrero y salió al exterior. Olaf vivía en una pequeña casa blanca que contaba con dos pisos. En el primero estaba situada la cocina y el salón. En el segundo había una habitación con un pequeño baño en su interior y una terraza.

La casa de Olaf daba a un paseo marítimo llamado Paseo de la Luna. Este paseo era pequeño, pero uno de los más hermosos de toda la costa de Islandia.

Cuando Olaf abrió la puerta, una gran vaharada de aire frío y húmedo acarició su rostro. Esto le tranquilizaba y le hacía sentirse más joven. Le recordaba aquellos tiempos en los que fue capitán de la marina islandesa.

El invierno había comenzado, los últimos retazos de la estación otoñal ya casi habían desaparecido. Olaf echó a andar. Algún que otro remolino de hojas se agitaba al pie de los árboles del paseo, pero los éstos, ya privados de sus hojas, parecían muertos bajo la tenue luz del sol que conseguía abrirse paso a través de la maraña de nubes que invadía el cielo aquel día.

De repente, comenzó a nevar. Los copos caían del cielo pausadamente, sin llegar a cuajar. Los niños saltaban y reían, intentando atrapar aquellas bolas de algodón blanco y frío que llovían del cielo.

No se detuvo por esto, y tampoco se detuvo cuando la nevada cobró más fuerza y la nieve comenzó a cuajar. Pronto, el paseo se convirtió en una blanca extensión que parecía prolongarse hasta el infinito, pero él sabía que tenía un fin.

Al rato, Olaf se topó con unas escaleras que ascendían hasta quién sabe dónde, pero que a él le resultaban muy familiares. Entonces comenzó a ascender por ellas.

Aquel lugar estaba por completo desierto, y nadie excepto él se había acercado por allí en las últimas décadas. Aquél era el único lugar que Olaf consideraba realmente sagrado.

Ascendió el último peldaño de la gran escalera y allí se quedó, con las manos extendidas en cruz y la cara mirando al cielo, ojos cerrados y sintiendo el tacto de la fría nieve. Algún tiempo después, Olaf volvió en sí. Aquél lugar le traía muchos recuerdos. Olaf siguió andando y entonces, al fin, llegó.

Olaf estaba en un pequeño cementerio en el que estaban enterradas no más de quince personas y al que nadie se había molestado en poner nombre. Allí yacían el padre y la madre de Olaf.

William, su padre, había fallecido en la guerra cuando él no había cumplido los ocho años. Sarah, su madre, falleció en un accidente arrollada por un coche cuando Olaf contaba quince años.

Sus tumbas estaban juntas, al límite del acantilado. Olaf se arrodilló ante ellas y rezó, rezó durante muchas horas en aquel pequeño camposanto de la costa de Islandia. Mientras rezaba, el tiempo parecía haberse detenido. Sólo el sonido de las poderosas olas al chocar contra el escarpado acantilado rompía el silencio en aquel páramo helado.

Cuando oscureció, Olaf se levantó, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Al regresar, iba observando cómo las familias celebraban aquellos días de fiesta y sintió envidia. “Yo no tengo a nadie con quien celebrar estos días, pero me alegro de que los demás vivan estas fiestas con felicidad y en familia”, decía Olaf para sus adentros.

Llegó a su casa y entró. Colgó su sombrero y su gabardina en el perchero, guardó el resto de su vestimenta en el armario, incluyendo la bufanda y los guantes, y luego se acostó.

Al día siguiente Olaf se despertó con fiebre alta, sudores fríos y sin fuerzas para moverse. Todo esto le obligó a guardar cama durante todo el día.

Los señores Hug veían pasar a Olaf todos los días por la ventana. Al no verlo aquel día, pensaron que podría haberle ocurrido algo malo puesto que él daba un paseo todos los días.

La familia Hug decidió enviar a su hijo para invitar a Olaf a pasar la Navidad con ellos.

Alejandro, el primogénito de los Hug, se dirigió a la casa de Olaf y golpeó la puerta con insistencia. Como respuesta, una voz quebrada y débil llegó desde el piso de arriba.

- “¡Sr. Olaf!” –gritó Alejandro- “¿Puede abrirme?”

- “Lo siento, chico, me muero. No puedo levantarme de la cama” –llegó débilmente la voz de Olaf.

Olaf siempre había sabido que algún día llegaría su hora. Era un hombre muy entrado en años, y podía entender que ese momento hubiese llegado ya.

Además no tenía miedo a la muerte. “Es el ciclo natural” –pensaba Olaf en ese momento-. “Sólo hubiera deseado haber tenido una vida más feliz”.

Alejandro se había quedado un poco trastocado al oír esto. Nunca había pensado que Olaf, vecino suyo desde siempre, moriría algún día. El chico con voz quebrada dijo:

-“Queríamos invitarle a pasar la Navidad con nosotros”-.

A Olaf se le saltaron las lágrimas cuando oyó esto. Nunca había tenido una “feliz Navidad” ni a nadie con quien compartir su vida desde los quince años.

Afortunadamente, Olaf había guardado tiempo atrás una copia de la llave bajo el viejo tiesto de una planta.

Entre todos consiguieron que Olaf llegara a casa de sus vecinos. Los Hug estaban francamente preocupados por el aspecto de Olaf, pero intentaron hacerle la velada lo más amena posible. Jugaron, rieron y cantaron villancicos.

Entonces, Olaf, el que fue el gran capitán de la marina islandesa dijo simplemente una palabra: gracias, y expiró. Pero murió feliz, porque su sueño de ser feliz, aunque fuera por una sola noche, se había cumplido.

Y entonces, todas las huellas de tristeza en el rostro de Olaf desaparecieron, para dar lugar a una gran sonrisa que nunca se borraría del rostro del que una vez fue Olaf.

Además no tenía miedo a la muerte. “Es el ciclo natural” –pensaba Olaf en ese momento-. “Sólo hubiera deseado haber tenido una vida más feliz”.

Alejandro se había quedado un poco trastocado al oír esto. Nunca había pensado que Olaf, vecino suyo desde siempre, moriría algún día. El chico con voz quebrada dijo:

-“Queríamos invitarle a pasar la Navidad con nosotros”-.

A Olaf se le saltaron las lágrimas cuando oyó esto. Nunca había tenido una “feliz navidad” ni a nadie con quien compartir su vida desde los quince años.

Afortunadamente Olaf había guardado tiempo atrás una copia de la llave bajo el viejo tiesto de una planta.

Entre todos consiguieron que Olaf llegara a casa de sus vecinos. Los Hug estaban francamente preocupados por el aspecto de Olaf, pero intentaron hacerle la velada lo más amena posible. Jugaron, rieron y cantaron villancicos.

Entonces, Olaf, el que fue el gran capitán de la marina islandesa, dijo simplemente una palabra: gracias, y expiró. Pero murió feliz, porque su sueño de ser feliz, aunque fuera por una sola noche, se había cumplido.

Y entonces, todas las huellas de tristeza en el rostro de Olaf desaparecieron, para dar lugar a una gran sonrisa que nunca se borraría del rostro del que una vez fue Olaf.





Centro de  
iniciativas y recursos  
para jóvenes

Ayuntamiento de Ponferrada

[www.cimainforma.es](http://www.cimainforma.es)